

Historia Contemporánea

Coordinada por:
Javier Paredes Alonso

ACTAS

MADRID, 1990

PORTADA:

DERRIBO DE LA ESTATUA DE LENIN.
Bucarest, 5 de marzo de 1990

Fotografía de cubierta: © Patrick Forestier
SYGMA. CONTIFOTO.

Realización de mapas históricos:
Prof. Dr. D. José Luis Martínez Sanz

1.^a Edición. Junio, 1990.

© Editorial ACTAS
Apto. de correos 4.086
28080 Madrid
Teléfono (91) 733 41 91

I.S.B.N. 84-404-7166-1
Dep. Legal: M-22550-1990

Composición e impresión: Star Ibérica, S.A.
Islas Molucas, 32
28034 Madrid
Teléfono 729 10 41

9

Los imperios plurinacionales

MARIA PARIAS SAINZ DE ROZAS

Profesora Titular de la Universidad de Sevilla

EDUARDO RODRIGUEZ BERNAL

Catedrático de Instituto

1. EL IMPERIO RUSO

a) La diversidad étnica

A mediados del siglo XIX Rusia es un vasto imperio con clara voluntad de expansión. A fines del reinado de Nicolás I (1825-1855) sus fronteras en Europa siguen marcadas por los acuerdos del Congreso de Viena. En las regiones bálticas se extiende por Finlandia, Carelia, Estonia y Livonia; en el centro domina gran parte de Polonia, incluidas Varsovia y Podolia; y al sur es el curso bajo del río Prut, -que desemboca en el delta del Dneubio-, el que delimita la Besarabia rusa y la Moldavia rumana. Los intentos de ampliación por las costas del Mar Negro tenían el objetivo de arrebatarse los estrechos del Bósforo y los Dardanelos a los turcos y conseguir una salida al Mediterráneo. La guerra de Crimea (1853-1856) y la crisis balcánica (1875-1878) fueron dos ensayos fallidos de materializar este proyecto.

En el Cáucaso dominan Georgia, Azerbaidjan, parte de Armenia, con su capital Ereván, y, desde 1878, la región de Kars. En Asia Central consiguen en la primera mitad de siglo el Turquestán; y, posteriormente, se expandirán hacia el sur hasta llegar a Tashkent, Bujara, Samarkanda y Pamir ya en 1898. Aunque no conquistan Afganistán, su proximidad a las posesiones del imperio británico constituía una seria amenaza para éste y motivo de una rivalidad anglo-rusa vigente hasta la firma de la Triple Entente en 1907. En el Norte de Asia los emigrantes rusos habían iniciado la colonización de Siberia en el siglo XVI y llegaron a la Península de Kamchatka a finales de la siguiente centuria. Después, en la segunda mitad del XIX, se dirigieron por la costa hacia el Mar Amarillo, ocupando en 1905 la isla Sajalín, la región del río Amur y Manchuria, zona en la que

habrían de enfrentarse al imperialismo japonés. El desencadenamiento bélico de esta hostilidad produjo la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 que acabó con graves consecuencias para el ejército ruso. Por la paz de Portsmouth de 1905 Rusia se vio obligada a renunciar a Corea y dar a Japón Port Arthur y la mitad meridional de Sajalín. Además, el descalabro militar produjo también grandes repercusiones en el orden político interno al desencadenar la revolución de 1905, que se expondrá más adelante.

La población que habita este inmenso territorio, evidentemente muy diversa, da al Imperio su carácter plurinacional. El grupo eslavo es el mayor de todos y a él pertenecen los rusos, -que representan aproximadamente dos tercios de la población total-, y los polacos. Los grandes rusos son los más numerosos y los que formaron el Estado y el Imperio con su emigración; los pequeños rusos se circunscriben a Ucrania; y los rusos blancos o bielorrusos habitan las regiones cercanas a Polonia y al Báltico. Hay además muchas otras minorías enmarcadas en regiones bien delimitadas por barreras geográficas. Es el caso de los pueblos bálticos y los caucásicos, que constituyen por sí mismos un auténtico mosaico. Así, pertenecen a este origen los georgianos, armenios y azerbaijanos con sus distintas religiones; los amarillos, instalados en Asia y en las regiones más septentrionales, a saber, fineses, lapones, nentsi-samoyedos, ebenki, chuchki, etc.; y los uralo-altaicos, como turcos, tártaros, kasakos, usbekos. Además, los judíos y alemanes aparecen esparcidos por varias regiones constituyendo minorías con una fuerte personalidad. Las diferencias existentes entre ellos son muy acusadas y vienen dadas por el distinto estadio evolutivo socio-económico en el que se hallan y sus diversas culturas y religiones. El nacionalismo se desarrolló especialmente entre los grupos europeos: polacos, bálticos, bielorrusos y pequeños rusos. Entre los grandes rusos el nacionalismo adquirió la forma de paneslavismo, que se utilizó principalmente como base ideológica de la pretendida expansión del Imperio en los Balcanes. La política de los zares tendente a desarrollar la rusificación de todo el Imperio encontró difíciles obstáculos ante la diversidad expuesta y alcanzó poco éxito.

b) Las reformas de Alejandro II

La derrota de la Guerra de Crimea (1853-1856) sirvió para que el nuevo zar Alejandro II (1855-1881) concluyera que era preciso reformar las caducas estructuras del Imperio, con vistas a competir eficazmente en el escenario internacional y lograr una salida al Mediterráneo. En efecto, los problemas derivados de la deficiente red de ferrocarriles, para transportar ejércitos y avituallamiento al lugar del combate, y la imposibilidad de contar con un ejército de hombres bien adiestrados, como consecuencia de la servidumbre de los campesinos, se estimaron factores fundamentales de la derrota. El reinado de este zar se inicia, pues, con una amplia política de reformas que afecta a la condición social de los campesinos, la administración territorial, el poder judicial, el ejército, las Universidades y el sistema económico.

La abolición de la servidumbre fue la más importante de todas ellas. En 1858 Alejandro II liberó a los siervos de las tierras propiedad de la corona; el 3 de marzo de 1861 decretó la emancipación de todos los siervos campesinos y la abolición de los derechos jurisdiccionales nobiliarios; y, en 1863, la libertad para los domésticos. Los siervos de la corona recibieron la totalidad de la parcela que antes trabajaban en usufructo, en tanto que los de los nobles obtuvieron sólo una parte de la misma que osciló entre las tres y las doce hectáreas. Los nobles expropiados fueron indemnizados

por el Estado y los campesinos se vieron obligados a reintegrar este rescate y sus intereses al Estado durante cuarenta y nueve años, además de pagar impuestos personales.

La nueva ordenación de la explotación de la tierra se hizo a través del *mir*, comunidad aldeana que regulaba la explotación del suelo de forma comunal y se responsabilizaba del pago de la deuda. Esta célula social existía ya en muchas regiones de Rusia, y ahora se extendió también a otras que la desconocían. Se puede decir que la liberación de los siervos fue sólo jurídica, no económica, pues cayeron en una nueva dependencia respecto al Estado, los usureros y el propio *mir* que, al tener que responder solidariamente de los impuestos asignados, impedía la emigración de los campesinos endeudados.

El anterior odio a la nobleza se desplazó ahora contra el Estado a quien se identificaba como el nuevo explotador. A pesar de la nueva situación, muchos no recibieron tierras, entre ellos los antiguos siervos domésticos, en tanto otros se contentaron con la cuarta parte de la que le correspondía, -la "parte del mendigo"-, que se entregaba gratuitamente. De estos grupos y del incremento demográfico se nutrirían el proletariado urbano y agrícola y la colonización de las regiones asiáticas. Por contra, otros consiguieron enriquecerse y comprar parcelas a los más desfavorecidos, lo que originó un nuevo grupo social de medianos propietarios acomodados llamados *kulaks*. Los nobles siguieron poseyendo los bosques, los derechos de caza y pesca y las tierras de la reserva señorial, aunque la reforma significa el inicio de su decadencia. Desde un punto de vista económico, a pesar de que el uso comunal del *mir* cercenó la potencialidad del pequeño campesinado y la renovación tecnológica, es evidente que se incrementó la producción agraria, tanto por el mayor celo de los campesinos, como por la lenta incorporación de nuevas técnicas en las grandes propiedades.

La abolición de los derechos jurisdiccionales de los nobles exigió una reforma judicial inspirada en el modelo liberal que se decretó en 1862. Se crearon nuevos tribunales jerarquizados desde los jueces de paz y juzgados provinciales hasta una corte de apelación de última instancia. Se dieron normas para la codificación de las leyes, se instauraron jurados en las causas criminales y se hicieron públicos todos los procesos, menos los políticos. Sin embargo, siguió persistiendo la detención administrativa, el destierro y la desigualdad jurídica individual, ya que se mantuvo la pena de azotes para los campesinos.

En 1864 llegaría también la reforma de la administración territorial con la creación de los *zemstva* y las *dumas* o asambleas representativas de distrito y ciudades. Los electores de los *zemstva* se dividían en tres curias asignadas a los terratenientes, la burguesía y los *mir*, por lo que la mayoría campesina tan sólo contaba con un tercio de los votos que aseguraba que las asambleas quedasen en manos de los privilegiados. Sus competencias eran simplemente administrativas, -obras públicas, escuelas, hospitales, beneficencia, higiene, etc.-, y la ordenación de tributos para hacer frente a las mismas, que recaían fundamentalmente en el campesinado. Muy pronto, sin embargo, la minoría intelectual y liberal las utilizó para mostrar su oposición política, por lo que fueron sometidas a gobernadores con la potestad de suspender sus decisiones.

La educación constituyó otro de los campos de actuación de Alejandro II. Creó nuevas escuelas elementales y técnicas, reformó los planes de estudios que desarrollaron nuevas asignaturas como las "Ciencias Naturales", concedió autonomía a las Universidades y permitió un acceso más fácil a las mismas. Muchos hijos de burgueses

y popes se convertirían ahora en universitarios, pero también en enemigos políticos del sistema autocrático por el valor revolucionario de la cultura.

La reforma militar se realizó en 1874. El servicio militar fue declarado obligatorio para todos los ciudadanos varones y se abolió la exención que disfrutaba la nobleza desde 1785. Se redujo el número de oficiales y se modernizó y mejoró su formación.

En el ámbito económico Alejandro II emprendió algunas medidas favorecedoras de la industrialización como la creación del Banco Imperial en 1860. La construcción de la red de ferrocarriles permitió la integración del mercado interno, la explotación de los recursos minerales y la exportación de cereales, principal fuente de ingresos para hacer frente a las importaciones. No obstante, el "despegue" no llegaría hasta la década de los noventa.

c) Nihilismo y populismo

Las reformas no tuvieron continuidad. A partir de 1863 el zar cambió de política con motivo de la rebelión polaca y su represión, lo que fue seguido del desarrollo de una fuerte oposición entre los intelectuales con la aparición, incluso, de grupos terroristas. En 1866 el estudiante Karakozov atentó, aunque sin éxito, contra la vida del zar.

En el panorama político de la oposición hay que destacar en estas fechas las influencias que ejercen algunos escritores como Bakunin, Herzen, -que desde Londres editaba el periódico *Kolokol* (La Campana), muy difundido entre la élite intelectual-, y Netchaiev, -autor del *Catecismo del revolucionario* y defensor acérrimo de la violencia-. Durante el reinado de Alejandro II surgirán principalmente dos movimientos de oposición: el nihilismo y el *narodnichestvo* o populismo.

El término nihilismo significa una actitud crítica ante los convencionalismos sociales y las tradiciones. Turguéniev con su novela *Padres e Hijos* (1862) y Chernishevski, autor de *¿Qué hacer?* (1864), fueron sus principales difusores. El nihilismo se desarrolló entre funcionarios cualificados, intelectuales y estudiantes universitarios, pero sus ideas respecto a la necesidad de erigir una nueva sociedad -que fueron reprimidas con el acoso policial-, empujó a algunos a participar en atentados terroristas que contribuyeron a identificar y a confundir esta causa con la anarquista.

Por su parte, el *narodnichestvo* surgió también como movimiento intelectual hacia 1870 y Lavrov fue su principal ideólogo. Sus ideas fundamentales descansan en la confianza de la potencialidad revolucionaria campesina a la que consideran protagonista de la creación de una nueva sociedad. La misma estaría basada en la consolidación de las prácticas comunales del *mir*, como superación de la propiedad privada. Estos *narodniki* se organizaron en una sociedad secreta titulada "Tierra y Libertad" que elaboró, en 1876, un programa político liberal en el que se incluían la aprobación de una constitución y el sufragio universal. Entre 1874 y 1877 decidieron "ir al pueblo" para comunicar sus ideas en el mundo rural y captarlo para su causa. Los estudiantes y maestros cumplieron esta misión instalándose en las aldeas, pero fracasaron por la desconfianza e incultura de los campesinos. Por ello, en 1879 un sector cambió de táctica, fundó una nueva organización llamada "Voluntad del Pueblo" y aceptó el terrorismo como forma de actuación política. Entre sus atentados puede contarse el que costó la vida al zar en 1881, aunque la acción tuvo un efecto contrario al esperado y fue

seguida por una fortísima represión policial. El Partido Social-Revolucionario, fundado en 1901, sería el heredero de estas ideas populistas.

d) El retorno a la autocracia

Entre 1881 y 1905 transcurre otra etapa histórica bajo los reinados de los zares Alejandro III (1881-1894) y Nicolás II (1894-1917). La continuación de la autocracia, la adopción de medidas contrarias a las breves reformas iniciadas por Alejandro II y la represión de las libertades individuales y los derechos de los pueblos son las principales características del orden político interno. Plehve, jefe de la *okhrana* o policía política, y Pobiedonostsef, Procurador del Santo Sínodo, fueron los nuevos hombres fuertes de ambos zares.

En 1890 una nueva ley electoral permitió que la nobleza controlara aún de modo más efectivo los *zemstva* y *dumas*. Los grupos de la oposición política fueron combatidos eficazmente por la *okhrana*, y se impusieron nuevas normas restrictivas sobre la enseñanza y la cultura para impedir la difusión de las ideas revolucionarias. Se endureció la censura de prensa y libros, y se expurgaron de las bibliotecas las obras que se consideraban peligrosas. La Universidad fue también controlada. Perdió su autonomía en 1884, se le impuso un *numerus clausus* y los profesores y alumnos fueron controlados por el Santo Sínodo.

Estos zares desarrollaron además una violenta política de rusificación, especialmente en Polonia y regiones bálticas, donde se exigió el uso de la lengua rusa en escuelas y organismos estatales y se dificultaron las actividades de las iglesias luterana y católica. Los judíos fueron también muy perseguidos. Se les prohibió comprar tierras, se restringió su entrada en institutos y Universidades e, incluso, por una ley de 1890, se les obligó a emigrar a las provincias occidentales. Además se consintió la realización de *pogroms* por el pueblo sin que la policía interviniese. Por todo ello, la emigración exterior judía fue numerosa, calculándose en trescientos mil los que marcharon a Estados Unidos de América del Norte.

La coyuntura económica muestra en estos años una clara expansión, sobre todo en la década de los noventa, que obtuvo una tasa de crecimiento anual de la producción industrial del 8,03%. Sergio Witte, ministro de Hacienda entre 1893 y 1903, fue el autor de la política económica que posibilitó el "despegue". Controló el déficit presupuestario, buscó nuevos ingresos para el Estado, -monopolio estatal del alcohol, impuestos sobre el consumo-, fijó aranceles proteccionistas y consiguió atraer al capital europeo -fundamentalmente francés y belga- para financiar la deuda pública y realizar inversiones en industrias pesadas. La firma de la alianza franco-rusa de 1893 rubricó este acercamiento económico tras la negativa de Bismarck a que el capital alemán participara en estas operaciones. La red de ferrocarriles se amplió considerablemente y en 1904 se terminó la construcción del "transiberiano", que abrió nuevos campos de inversión y posibilidades de desarrollo económico.

Sin embargo, todo este esfuerzo se financió en gran parte a través de la exportación de cereales lo cual, unido al incremento demográfico, nos demuestra que no hubo un aumento del nivel de vida de los campesinos. De igual forma, aunque Witte iniciara una legislación social para regular el trabajo en fábricas y minas, las condiciones de vida del proletariado industrial resultaban pésimas, tal como se desprende de los testimonios históricos y literarios de la época.

e) Los nuevos partidos políticos

Como quedó expuesto, el proyecto de dominar toda Manchuria y Corea provocó el desenlace de la guerra ruso-japonesa (febrero de 1904 a septiembre de 1905) en la que los nipones consiguieron batir al ejército ruso y destruir la flota del Pacífico y la del Báltico desplazada al efecto. El Tratado de Portsmouth obligó a Rusia a ceder las regiones disputadas, lo que aprovechó la oposición política para hacer responsable de la derrota al régimen autocrático y desencadenar la revolución.

Aunque los avances en la industrialización se habían realizado con la participación del capital extranjero, el crecimiento económico había hecho surgir una pequeña y mediana burguesía que reclamaban libertad para realizar sus negocios y participación política. En las principales ciudades existía también un proletariado industrial que tenía una gran potencialidad revolucionaria por sus ínfimas condiciones de subsistencia. Tales cambios sociales posibilitaron la renovación de la oposición política y la aparición de nuevos partidos políticos.

En 1898 G.V. Plejanov fundó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso a partir de la unificación de varias células marxistas preexistentes. Se opuso a las prácticas terroristas individuales, confiando en la sublevación de las masas dirigidas por el partido para realizar la revolución socialista. En el Congreso de Londres de 1903 se produjo la escisión interna entre bolcheviques y mencheviques. La causa fue la discusión de las tesis leninistas sobre la conveniencia de preparar la revolución a corto plazo y organizar el partido como una reducida élite revolucionaria, que no fueron admitidas por la minoría menchevique dirigida por Martov.

Entre tanto, en 1901 había surgido el Partido Socialrevolucionario liderado por Chernov y Savinkov. Este admitía bastantes ideas de los *narodniki* o populistas, prestaba mucha atención a las formas de vida de los campesinos y defendía la consecución futura de una sociedad colectivista a partir de la organización comunal de los *mir*. Además, aceptaba el terrorismo como medio de acción política y tuvo muchos simpatizantes entre los campesinos y los obreros urbanos.

En 1905, durante el proceso revolucionario, se organizó también el Partido Constitucional y Democrático ("cadete"), resultado de la fusión de varios grupos anteriores. Estaba dirigido por el historiador Miliukov y contaba en sus filas a muchos profesionales liberales. Abogaba por la implantación de un Estado constitucional y el respeto a algunos derechos sociales y económicos básicos para los trabajadores. Al lado de todos ellos hay que considerar también la existencia de los partidos nacionalistas de los pueblos sometidos, aglutinantes de muchedumbres tan importantes como las de los partidos revolucionarios.

f) La revolución de 1905

El descontento social que produjo la crítica coyuntura económica de 1900, unido al producido por la guerra, constituyen los factores principales de la revolución de 1905. Al lado de ellos una situación política tensa en la que se sucedían los actos terroristas como respuesta al régimen autocrático. En 1902 cayó asesinado el ministro del Interior Sipiagin y dos años más tarde Plehve, su sucesor en dicha cartera. Las huelgas y manifestaciones obreras eran frecuentes, al tiempo que crecía también una oposición de carácter liberal.

En noviembre de 1904 una asamblea oficiosa de representantes de *dumas* y *zemstva*

elevaba un memorial al zar, solicitando un Parlamento y el reconocimiento de derechos individuales. El pope Gapón, con un papel trascendental en esta revolución, había formado una sociedad obrera en San Petersburgo y emprendió varios actos de protestas, cuando despidieron de la fábrica Putilov a algunos miembros de su organización. Finalmente, elaboró un escrito para el zar en el que solicitaba la implantación de reformas económicas y políticas y convocó una manifestación para entregar el documento en palacio. Entre los manifestantes muchos portaban iconos y retratos del propio zar, a quien se dirigían con paternal afecto. Sin embargo la guardia del palacio abrió fuego contra ellos y corrió la sangre.

Era el 22 de enero de 1905, día conocido a partir de entonces como el "Domingo Rojo". Esta matanza tuvo enormes consecuencias en todo el país y la imagen bondadosa del zar se derrumbó entre las masas incultas. Los actos de protesta se multiplicaron y las reivindicaciones políticas se hicieron cada vez más enérgicas. Los grupos nacionalistas de polacos, bálticos, georgianos, judíos, bielorrusos y musulmanes aprovecharon también el momento para reivindicar su autonomía. Los campesinos organizaron revueltas con incendios de las casas de los terratenientes. La prensa pudo difundir estas noticias, que encaltecían aún más los ánimos, y las Universidades se convirtieron de nuevo en semillero de revolucionarios.

En mayo, una Unión de Asociaciones dirigida por Miliukov, que englobaba a todos los grupos no socialistas, pidió elecciones libres para formar una Asamblea Constituyente. Al mes siguiente la marinería del acorazado Potemkin se sublevó en el puerto de Odessa y se unió a los manifestantes. La memoria acude necesariamente a las imágenes de la película de Eisenstein, que inmortalizaría esta rebelión. En octubre la convocatoria de huelga del sindicato de ferroviarios de Moscú tuvo la fuerza de arrastrar a otros colectivos y convertirse en huelga general.

En situación tan apurada, el zar se vio obligado a hacer algunas concesiones y nombró a Witte primer ministro. Aconsejado por éste, publicó el "Manifiesto de Octubre", en el que prometía emprender reformas políticas liberales, como el respeto a los derechos individuales y cívico-políticos y la elección de una *Duma* que tendría el poder legislativo. Ante las reivindicaciones nacionalistas finlandesas tuvo que llegar aún más lejos y permitir la reunión de los Estados Generales en Helsingfors, en diciembre de 1905. Los mismos redactaron una constitución, que reconocía el sufragio universal, ratificada por Nicolás II como Gran Duque de Finlandia al año siguiente.

El "Manifiesto de Octubre" debilitó a la oposición al darse algunos ya por satisfechos. Apareció, incluso, un nuevo partido denominado "Liga del 17-30 de Octubre" -conocida como "Partido Octubrista"- que hacía de los puntos de tal documento su programa político. Otros, en cambio, siguieron en la lucha, pero sin una organización suficiente como para tomar el poder. En muchas ciudades surgieron *soviets* como comités coordinadores de las huelgas. Sus miembros eran elegidos directamente por los obreros que le cedían un mandato imperativo y podían ser cesados en cualquier momento. Ante el vacío de poder provocado por la revolución, algunos *soviets* asumieron competencias políticas mientras la policía y autoridades no se atrevían a actuar enérgicamente por lo incierto de la situación. El *soviet* de San Petersburgo, dirigido por Chrustalev-Nosar y Trotski, fue el que tuvo mayor relevancia.

En noviembre de 1905 la presión revolucionaria comenzó a ceder ante la reacción. La falta de una organización que abarcase a todo el territorio nacional, la firma de la paz con Japón y el abandono de las fuerzas liberales tras el Manifiesto de Octubre,

temerosas del cariz social de las reivindicaciones obreras, fueron factores claves de su debilidad. Primero, se dominó al mundo rural con la ayuda de los cosacos que permanecieron fieles al sistema en todo momento. Después, la policía comenzó a detener a los dirigentes más destacados y aparecieron "centurias negras", grupos armados del partido "Unión del Pueblo Ruso", que perseguían a los revolucionarios. Por último, la huelga general convocada en Moscú, en diciembre, como intento desesperado de salvación de la revolución, no fue seguida por otras ciudades. Así pues, la revolución fracasó consiguiendo tan sólo las promesas de octubre, pronto boicoteadas por Nicolás II. Tras esta fallida experiencia algunos volverán a los actos terroristas como medio de derrumbar al régimen; otros, en cambio, los bolcheviques, aprenderán y sacarán consecuencias para la próxima ocasión.

Controlada la revolución, el zar tomó precauciones para que las reformas no comprometieran su poder absoluto. De esta forma, elaboró una ley fundamental del Estado, en la que no se mencionaba la palabra "constitución", e instauró una *Duma* representativa. Junto a ella creó también un Consejo de Estado, -para el que el zar nombraba personalmente a la mitad de sus miembros-, y se abrogó el derecho de veto sobre las decisiones de ambas cámaras que quedan convertidas, de esta forma, en asambleas consultivas.

La primera *Duma* se reunió en mayo de 1906 con una mayoría de "cadetes", ya que los socialrevolucionarios y marxistas boicotearon las elecciones y no se presentaron a las mismas. Stolypin -nuevo primer ministro desde abril de 1906 en sustitución de Witte-, optó por su disolución en julio, a causa de sus peticiones respecto a la implantación de una reforma agraria que amenazaba el dominio de los terratenientes.

En la segunda *Duma*, que fue tan efímera como la anterior, (marzo a junio de 1907), sí estuvieron representados los socialistas y socialrevolucionarios, por lo que el choque fue aún mayor. Stolypin decidió también su disolución pero, antes de convocar nuevas elecciones, modificó la ley electoral, lo cual le permitió formar una tercera *Duma* más sumisa. La misma celebró sus reuniones desde noviembre de 1907 a junio 1912, en tanto que la cuarta y última lo haría desde noviembre de 1912 a febrero de 1917. Sin embargo, esta restricción del voto hizo que la sensación de fraude respecto a las promesas del zar creciera entre el pueblo y contribuía a precipitar los acontecimientos.

Stolypin desarrolló a lo largo de su mandato una política restrictiva de los derechos y contraria a las nacionalidades, en virtud de la cual los polacos y judíos tuvieron que soportar de nuevo el rigor del zarismo. No obstante, emprendió algunas reformas importantes de la administración estatal, amplió el número de escuelas y adoptó nuevas medidas favorecedoras de los intereses de los campesinos. En este sentido, permitió que éstos se pudieran separar del *mir*, se condonaron las deudas pendientes de la liberación de 1861 y se vendieron aproximadamente cuatro millones de hectáreas de tierras estatales. Tras su muerte en 1911, apuñalado por un judío, el Estado se sumerge en cotinuas crisis de gobierno sin tener otra política que la represión ante cualquier tipo de reivindicaciones. La coyuntura de 1917 permitiría su derrumbamiento y el inicio de la construcción de un nuevo Estado y una nueva sociedad.

2. EL IMPERIO HABSBURGO

a) Cisleithania y Transleithania

El carácter plurinacional que caracteriza a este Imperio hasta su extinción en 1918 se explica por su propio origen y evolución histórica, en tanto que se formó y mantuvo

como un gran conglomerado de territorios y pueblos diversos pertenecientes al patrimonio de la familia Habsburgo. El fracaso en la conversión de estas propiedades personales en un Estado que respondiera satisfactoriamente a las necesidades políticas, nacionalistas y liberales propias del siglo XIX, fue también el principal motivo de la caída estrepitosa del propio Imperio. El Emperador Francisco José Habsburgo, por lo dilatado de su reinado que abarca desde 1848 a 1916, fue la persona que tuvo la responsabilidad de efectuar dicha acomodación a las nuevas circunstancias, pero su defectuosa formación política le impidió introducir los cambios que exigía la propia Historia y mantuvo, durante todo su reinado, una concepción del poder tradicional, autoritaria y personal.

Las mencionadas posesiones patrimoniales recibieron el nombre de Imperio de Austria en 1804 y el Congreso de Viena lo confirmó como la gran potencia política directora de los designios del continente. En 1867, fecha del "Compromiso", el Imperio se dividió en dos reinos, Austria y Hungría, -llamados también Cisleithania y Transleithania por estar separadas por el río Leitha-, y se convirtió en una especie de Federación de dos Estados con leyes fundamentales y gobiernos independientes pero con algunas instituciones básicas comunes. A partir de esta fecha se le conoce como Imperio Austro-Húngaro o Imperio Dual. La Cisleithania estaba integrada por Voralberg, Tirol, Salzburgo, Baja Austria, Alta Austria, Bohemia, Moravia, Silesia, Galitzia, Bukovina, Estiria, Carintia, Carniola, Istria, Dalmacia y, a partir de 1908, Bosnia-Herzegovina. La Transleithania la integraban Hungría, a la que estaba incorporada Transilvania, y Croacia-Eslovenia.

Desde 1815 y hasta su desaparición las fronteras del Imperio tendrán algunos cambios significativos. En 1846 se anexionó la ciudad libre de Cracovia; en 1859 y 1866, por las paces de Zurich y Viena respectivamente, tendrá que ceder la Lombardía y Venecia al triunfante nacionalismo italiano; y, por último, en 1878, recibió del Congreso de Berlín la administración de Bosnia, Herzegovina y el sanjakato de Novi-Bazar. Estos últimos territorios siguieron perteneciendo en teoría al Imperio Otomano hasta 1908, año en el que los austriacos decidieron la anexión de Bosnia y Herzegovina y la devolución de Novi-Bazar a los turcos.

Dada la realidad de su composición, el Imperio resultaba un Estado sin unidad geográfica ni nacional, donde lo fácil era que se plantearan muchos problemas y reivindicaciones de las nacionalidades no alemanas insatisfechas con el orden político vigente. La variedad de la composición nacional del Imperio se puede conocer a través de los censos de los ciudadanos que hablan con normalidad una determinada lengua, pero resulta más complejo penetrar en el grado de conciencia nacionalista existente en cada comunidad. No obstante, hay que precisar que la realización de los recuentos de población estuvo siempre muy politizada cometiéndose errores de envergadura, casi de seguro intencionados, que eliminaban a varios miles de habitantes de alguna minoría.

Por otra parte, la diversidad nacional no se reducía tan sólo a la lingüística. En el Imperio conviven manifestaciones culturales primitivas orientalizadas con otras del más puro refinamiento occidental, como las que hacen de la Viena de 1900 un centro cultural vanguardista de primerísimo orden.

Finalmente, la oposición entre campo y ciudad o entre regiones industrializadas, -Austria, Bohemia, Moravia-, y regiones agrarias generan estructuras sociales y mentalidades distintas que se superponen a las identidades culturales. Así, la pobreza de los campesinos rutenos, eslovacos, rumanos y serbios era especialmente acusada y constituía un grave problema social irresuelto. En estas circunstancias, el fomento de la

lengua o el estudio de las manifestaciones culturales propias suponían un reto al Estado ante la política de germanización o magiarización impuesta por las élites dominantes.

El cuadro y gráfico número 1 muestra una configuración nacional aproximada de las provincias de Cisleithania (Austria) en 1910. Voralberg, Salzburgo y la Alta y Baja Austria eran alemanas casi en su totalidad; pero los diferentes grupos nacionales estaban muy mezclados entre sí en las restantes provincias y siempre había minorías que se sentían marginadas del ejercicio político. Los checos fueron los más exigentes de todos y los que plantearon más problemas, pues deseaban un compromiso parecido al que obtuvieron los magiares en 1867 con el *Ausgleich*. Su convivencia en el Imperio será difícil sobre todo en las tres provincias de la antigua Corona de Bohemia, -Bohemia, Moravia y Silesia-, donde había una importante minoría alemana muy celosa de su hegemonía política y contraria a cualquier concesión a los checos que amenazara sus privilegios. Las poblaciones italianas mantuvieron también su irredentismo sobre el sur del Tirol, Trieste, Istria y Gorica, en rivalidad con los grupos eslovenos y croatas allí existentes. Hasta 1882 fueron apoyados por Italia en esta política nacionalista, pero la ayuda cesó con motivo de la constitución de la Triple Alianza en la fecha indicada. Los

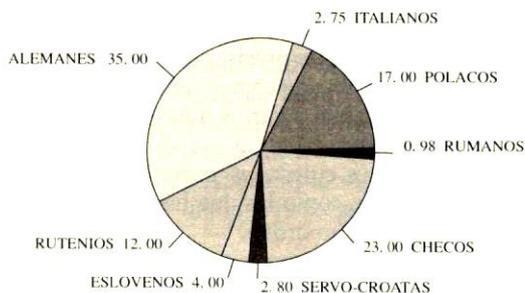
CUADRO N.º 1

COMPOSICION NACIONAL DE CISLEITHANIA EN 1910

9.950.000 alemanes	35 %
6.436.000 checos	23 %
4.968.000 polacos	17 %
3.519.000 rutenios	12 %
1.253.000 eslovenos	4 %
788.000 servo-croatas	2,8 %
768.000 italianos	2,75%
275.000 rumanos	0,98%

GRAFICO N.º 1

PORCENTAJES DE LOS GRUPOS POBLACIONALES AUSTRIA. 1910



Fuente: TAYLOR, A.J.P.: *La Monarquía de los Habsburgo 1809-1918*. Barcelona, 1983. Pags. 268 y 271.

polacos en cambio constituían el pueblo mejor tratado por los germanos. Se mostraron dispuestos a colaborar en la gobernabilidad del Estado, sin que ello supusiera una renuncia total a su proyecto político de una gran Polonia independiente. En gratitud se les respetó el desarrollo de su identidad cultural y se les permitió imponerse política y económicamente sobre la inculta población de los rutenios del este de Galitzia.

Por su parte, el otro reino de la Monarquía Dual, la Transleithania (Hungria), tenía el diversificado reparto poblacional, según nacionalidades, que se aprecia en el cuadro y gráfico número 2. A pesar de ello, el nacionalismo plantea aquí menos problemas por la rigidez de los húngaros. Poco respetuosos con los derechos de los demás pueblos, aplicaban una férrea política de magiarización a través de la lengua oficial en los actos públicos y la enseñanza. Transilvania perdió sus derechos políticos en favor de Hungría en 1848 y 1867. Croacia, en cambio, conservó una leve autonomía; antes del *Ausgleich* había sido una unidad independiente que aspiraba a un trato directo con el Emperador, pero en 1867 fue entregada a Hungría. Además, en 1867, se le incorporó Eslavonia, habitada fundamentalmente por serbios, opuestos a los croatas. Tenía una Dieta propia que enviaba representantes a la de Budapest, pero en realidad estaba dominada por los magiares. El nacionalismo yugoslavo tuvo su ideólogo en Strosmajer, obispo de

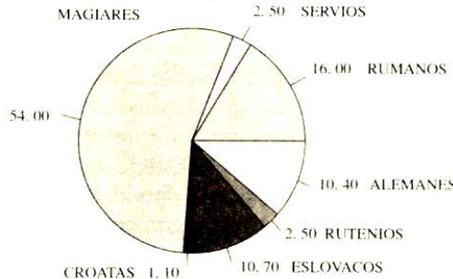
CUADRO N.º 2

COMPOSICION NACIONAL DE TRANSLEITHANIA EN 1910

9.944.000 magiares	54 %
2.948.000 rumanos	16 %
1.946.000 eslovacos	10,7%
1.903.000 alemanes	10,4%
464.000 rutenios	2,5%
462.000 serbios	2,5%
195.000 croatas	1,1%

GRAFICO N.º 2

PORCENTAJES DE LOS GRUPOS POBLACIONALES HUNGRIA. 1910



Fuente: TAYLOR, A.J.P.: *La Monarquía de los Habsburgo 1809-1918*. Barcelona, 1983. Pags. 268 y 271.

Djakova, quien hizo de Zagreb un gran centro cultural con la fundación de una Academia en 1867 y una Universidad en 1874. Aspiraba a unir a croatas, serbios y eslovenos basándose en un pasado común remoto. En realidad era un nacionalismo intelectual reñido con la historia más reciente que separaba a estos pueblos y, en consecuencia, difícil aglutinante.

b) El autoritarismo de Bach

Francisco José, la persona que dirigió el Imperio durante más de sesenta años, llegó al poder en circunstancias difíciles. Fue nombrado Emperador el 2 de diciembre de 1848, tras la abdicación de Fernando de Habsburgo, cuando la revolución aún no había sido controlada. Su primera tarea fue, pues, apagar los rescoldos revolucionarios aún encendidos. Como respuesta al proyecto de constitución que los revolucionarios habían hecho en Kremsier, Francisco José decretó una ley fundamental el 4 de marzo de 1849 y disolvió la Asamblea Constituyente tres días después.

Esta ley, elaborada por su ministro del Interior, conde Stadion, construía un Estado unitario y centralizado que dejaba sin vigor también la constitución húngara jurada a la fuerza por Fernando de Habsburgo el 11 de abril de 1848. Recogía principios liberales y derechos contenidos en la de Kremsier, pero éstos no llegarían a regir porque se prescribió que no entraría en vigor hasta que las circunstancias excepcionales desapareciesen y fue abolida en 1851 sin que ello ocurriera. La respuesta húngara no se hizo esperar.

El 14 de abril de 1849 el Parlamento húngaro proclamó la independencia, nombró a Kossuth gobernador y derrocó al Emperador que no había jurado la constitución de abril de 1848. Estos hechos provocaron la intervención militar austriaca que, con la eficaz colaboración del ejército ruso de Nicolás I, obligó a que los húngaros capitularan en Vilagos en agosto de 1849. La represión subsiguiente fue muy cruel. Kossuth consiguió huir a Turquía pero se sucedieron múltiples fusilamientos, que crearon la leyenda de los mártires de la patria.

Esta victoria permitió al Emperador iniciar su absolutismo. Este se desprendió de su fachada liberal tras el éxito internacional de Olmütz, al abolir el 31 de diciembre de 1851 la ley fundamental de 4 de marzo de 1849. Su gobierno estaba presidido por Schwarzenberg, que se ocupó fundamentalmente de la política exterior y murió en 1852, por lo que fue Bach, primero ministro de Justicia y después ministro del Interior, quien dirigiría la política interna de modo autoritario hasta 1859.

La falta de entendimiento con Roma del período precedente, se solucionó con la firma del Concordato de 1855, muy favorable para la Iglesia Católica, que se vio libre por algunos años de las prácticas josefinistas del Estado y obtuvo amplias competencias en educación.

Sin embargo el legado del 48 pervivirá en importantes transformaciones políticas, sociales y económicas. Se creó un nuevo Estado centralizado y unitario política y económicamente, con muchos funcionarios, -conocidos en Hungría como los "húsares de Bach"-, que restaron a la nobleza el protagonismo político que antes había ejercido. El poder económico de este grupo social quedó asimismo aminorado por la confirmación de la libertad de los campesinos, -promulgada durante los días de la revolución por el Acta de Emancipación de 7 de septiembre de 1848-, a cambio de una compensación económica exigua a los propietarios, sufragada en parte por el Estado. La abolición

de los señoríos jurisdiccionales exigió también la institución de un nuevo sistema judicial que, basado en principios liberales, instauró procesos públicos y orales, jurados en los delitos más graves y un Tribunal de Apelación.

Estos años fueron además de una coyuntura económica favorable que, con la práctica del librecambismo, permitió el crecimiento económico y el nacimiento de la burguesía industrial y financiera asentada principalmente en Viena y Bohemia. Se desarrollaron los ferrocarriles estatales y se fundaron las primeras instituciones financieras de envergadura, entre ellas el *Creditanstalt* de los Rothschild o el *Eskompte-Gesellschaft*, banco formado en 1853 por un grupo de capitalistas austriacos.

Esta situación de prosperidad hizo más fácil la aceptación del régimen autoritario de Bach por los austriacos-alemanes, en tanto que permitía el enriquecimiento por los negocios, la seguridad económica típica del funcionariado para la clase media y la mejora generalizada del nivel de vida. No obstante, en Hungría se encontraron muy pocos colaboradores y se vivía con una fuerte tensión. La política de germanización de todos los pueblos, mediante la imposición del alemán como lengua habitual, originaba un fuerte rechazo de la población no-germana.

Los funcionarios de otras nacionalidades administraban Hungría con la ayuda del ejército y la policía pero no hacían olvidar los deseos de autonomía. Además, Kossuth, que seguía siendo un héroe popular, propagaba desde el exilio la idea de que los magiares se levantarían contra los Habsburgo, en caso de una conflagración en la que se viera envuelto el Imperio. Esta amenaza era especialmente grave a fines de la década de los cincuenta por el giro que iba adoptando la política internacional y el cambio de la coyuntura económica.

En efecto, en 1857 la crisis bursátil internacional provocó el derrumbamiento de muchos negocios especulativos y la industria se resintió de la falta de nuevos créditos. El Estado, que había emitido mucha deuda pública para hacer frente a los gastos de obras públicas, ejército y funcionariado, pasó también serias dificultades. Se vio obligado a vender algunas propiedades, -entre ellas los ferrocarriles-, y tuvo que aceptar recortes presupuestarios precisamente en unos momentos en los que Piamonte y Francia ya se preparaban para la próxima guerra. La caída de Bach en 1859 estaba pues plenamente justificada.

c) Las tensiones nacionales

El desastre de 1859 obligó a Francisco José a buscar nuevos respaldos a su política interior y un mejor entendimiento con los húngaros y las otras nacionalidades. Hasta 1867 se suceden una serie de ensayos políticos, a veces contradictorios, tendentes a conseguir este fin. Primero, con el apoyo de la nobleza, intentará crear una especie de Estado federal partiendo teóricamente de las antiguas jurisdicciones del Antiguo Régimen.

El "Diploma de Octubre", promulgado el 20 de octubre de 1860, fue la ley fundamental de este nuevo sistema ideado por el noble polaco Goluchowski. Reconocía algunas dietas territoriales en Hungría y demás provincias, que tenían capacidad legislativa y la misión de enviar sus representantes al *Reichsrat*, pero el gobierno era responsable sólo ante el Emperador. Por ello no satisfizo a ningún grupo. Especialmente los húngaros, dirigidos ya por Francisco Deak, reclaman su constitución de 1848 y consideran ilegal cualquier medida adoptada por el Emperador. Además, Deak propo-

nía que se practicara la oposición pasiva al Imperio y que no se pagaran impuestos, lo que originaba serios problemas financieros al Estado.

Este fracaso hace que Francisco José cese a Goluchowski y le sustituya por Anton von Schmerling, que representaba la tendencia política opuesta, esto es, la favorable al nacionalismo y centralismo burocrático alemán. Con la justificación de completar el "Diploma", Schmerling elaboró ahora la "Patente de Febrero", nueva ley fundamental de principios contrarios a la anterior que se promulgó el 26 de febrero de 1861. Seguía reconociendo un *Reichsrat* formado por los representantes de los territorios, pero eliminaba las competencias legislativas de las dietas territoriales e instituía una compleja ley electoral que beneficiaba a los alemanes aún en aquellos territorios donde eran minoría. Los húngaros, croatas y venecianos boicotearon las elecciones no enviando representantes al Parlamento; y los checos y polacos, aunque participaron, cada vez formaban una oposición más fuerte. La situación obligó a suspender el Diploma y la Patente el 20 de septiembre de 1865.

La derrota de 1866 ante Prusia e Italia convenció al Emperador de la necesidad de llegar a un acuerdo con los húngaros, aceptando las reivindicaciones de éstos que, al fin y al cabo, no eran incompatibles con su poder personal. Al mismo tiempo, al fracasar en su proyecto de obtener la hegemonía sobre Alemania, cambió su concepción del Imperio, que pasará a tener una proyección danubiana con metas de expansión sobre los Balcanes.

El compromiso o *Ausgleich* de 1867 fue negociado por Beust, ministro de asuntos exteriores, y Deak y Andrassy como representantes húngaros. Suponía el reconocimiento de dos reinos, la Cisleithania y la Transleithania, con autonomía total en sus respectivos asuntos internos. Francisco José era el jefe de Estado y regiría personalmente la dirección común de las relaciones exteriores, el ejército y la Hacienda, materias sobre las que no tenía que rendir responsabilidades ante nadie. En ambos reinos se instituían Parlamentos con dos Cámaras y presidentes de gobierno, pero éstos eran nombrados y depuestos libremente por el Emperador. Se erigieron también dos delegaciones parlamentarias, una por cada reino, que debatirían conjuntamente sobre los asuntos comunes, especialmente, la cuantía de los impuestos que cada uno tendría que aportar. Asimismo, se acordó una unión aduanera renovable cada diez años para permitir la compenetración de la economía agraria húngara con la industrial austriaca.

Así pues, el *Ausgleich* solucionó el problema húngaro, pero dejó pendiente el de las demás nacionalidades. Tan sólo los polacos obtuvieron un trato satisfactorio político, tributario y cultural que permitió contar con su colaboración en el gobierno de Cisleithania. No así ocurrió con los checos, que pretendían amplias competencias para la dieta bohemia negadas sistemáticamente por el Emperador, ni con los croatas que se vieron subordinados a los magiares.

En el posterior ejercicio de la política de Cisleithania hay un esfuerzo por respetar las formas liberales, lo que permitió el florecimiento de diversos grupos políticos. Surgieron varios partidos nacionalistas, circunscritos a demarcaciones con identidad nacional y defensores de sus derechos territoriales; y otros donde pesaban más las ideologías dirigidas a todo el electorado. Entre éstos últimos el Partido Constitucional Nacional-liberal Alemán era un claro defensor del nuevo sistema, de la supremacía de los alemanes y enemigo de cualquier política filofederalista. El Partido Social-cristiano fue fundado por Lueger hacia 1880, imponiéndole una ideología que pretendía ser a la vez antimarxista, antiliberal, antijudía y anticapitalista. El paralelismo con los fascismos parece claro así como su apoyo en la pequeña burguesía. Obtuvo algunos éxitos

electorales como el que llevó a Lueger a la alcaldía de Viena en 1897, donde inició la municipalización de muchos servicios públicos. El Partido Social-demócrata surgió en 1889 procedente de otros grupos socialistas reunificados por Víctor Adler. El Partido Nacionalista Alemán fue obra de Schönerer, que lo creó en 1885. Este mantuvo una política obstruccionista y violenta en el Parlamento, teñida de racismo y antisemitismo y con claras aspiraciones a la desmembración del Imperio y a la incorporación del Austria alemana al II *Reich*. Este pluripartidismo hizo que el Parlamento no obtuviera nunca una mayoría clara y fuera difícil el nombramiento de gobiernos de coalición, en cuya formación participaba directamente el Emperador.

En el ejercicio de este derecho Francisco José confió el poder en 1871 a los nacional-liberales dirigidos por los hermanos Auersperg. Estos llevaron a la práctica una política centralista, liberal y anticlerical, por la que reformaron el Concordato de 1855. En 1879 se produjo un cambio de gobierno con la llegada de Eduard Taaffe, que permanecerá en el mismo hasta 1893 apoyado por una coalición de partidos conocida como el "anillo de hierro". Su política fue muy conservadora y antiliberal en muchas medidas. El movimiento obrero fue perseguido y en 1886 se promulgó la ley contra los anarquistas.

Taaffe era un aristócrata de tendencias federalistas que procuró el apoyo de algunas nacionalidades gracias a la adopción de medidas culturales, como el reconocimiento del bilingüismo o la creación de la Universidad de Praga en 1882. Consiguió un pacto con el partido de los "viejos checos", liderados por Rieger y Clam-Martinic, y la colaboración de los polacos. Sin embargo su posición se debilitó con la aparición del partido radical de los "jóvenes checos", -capitaneados por Eduard Greg-, y la oposición de muchos alemanes contrarios a las concesiones nacionalistas. Además, su proyecto de imponer el sufragio universal con objeto de llevar al Parlamento nuevos grupos, representantes de la pequeña burguesía y de los obreros, que silenciaran a los nacionalistas que dificultaban la gobernabilidad del país, fue considerada demasiado avanzada por Francisco José que optó por cesarle.

A partir de entonces se suceden una serie de gobiernos de coalición y una situación legislativa escandalosa, a causa de las acciones obstruccionistas y violentas de los seguidores de Schönerer y la compra-venta de apoyos parlamentarios, mediante la concesión de obras públicas u otros favores político-administrativos a los partidos nacionalistas.

Era tan difícil mantener una mayoría estable que, a partir de 1900, Francisco José lleva a los tecnócratas a la presidencia del gobierno y legisla sin el apoyo parlamentario basándose en el artículo 14 de las leyes fundamentales de 1867, que le permitían decretar reglamentos de emergencia en caso de necesidad. Una interpretación amplia de este artículo le sirvió para gobernar de modo absoluto sin tener en cuenta la mayoría de las Cámaras. En 1907 se aprobará el sufragio universal, que posibilitó la representación más numerosa de los socialistas y social-cristianos; pero el Parlamento siguió sin mayoría estable y, con la excepción de Beck, presidente de gobierno con apoyo del poder legislativo en 1907-1908, los restantes primeros ministros siguieron siendo tecnócratas que no contaban con representatividad. En 1914, tras el estallido de la Gran Guerra, el Parlamento fue suspendido.

En cuanto a la política desarrollada en Hungría desde 1867, se caracteriza por el monopolio del poder de los magiares, que controlan la situación por medio de un sufragio muy restringido y un sistema electoral corrupto, con menosprecio de las nacionalidades eslavas. El líder más destacado fue Kolomán Tisza, que fundó en 1875,

junto con los seguidores de Deak, el partido liberal y fue jefe de gobierno hasta 1890. Su hijo Esteban Tisza lo recompondría con el nombre de Partido Nacional del Trabajo y presidió el gobierno en 1903-1905 y 1913-1917.

El apoyo social le venía dado fundamentalmente por la pequeña nobleza que, tras perder gran parte de sus tierras a manos de los magnates, había pasado a ocupar cargos en el funcionariado. La política llevada a cabo se basó en la aceptación del régimen dual, la defensa de la rebaja de impuestos y el sometimiento de otras nacionalidades.

La crisis más aguda se originó en 1905 con motivo del triunfo electoral de los nacionalistas más radicales y contrarios al *Ausgleich*. Los mismos inician una serie de reivindicaciones con la excusa de que la voz de mando usada en el ejército común era el alemán y no el húngaro. La oposición al Imperio fue tan violenta que, en febrero de 1906, el Parlamento fue clausurado por el ejército y el Emperador amenazó con buscar una alianza con otras nacionalidades no-magiare y las clases sociales bajas mediante la imposición del sufragio universal.

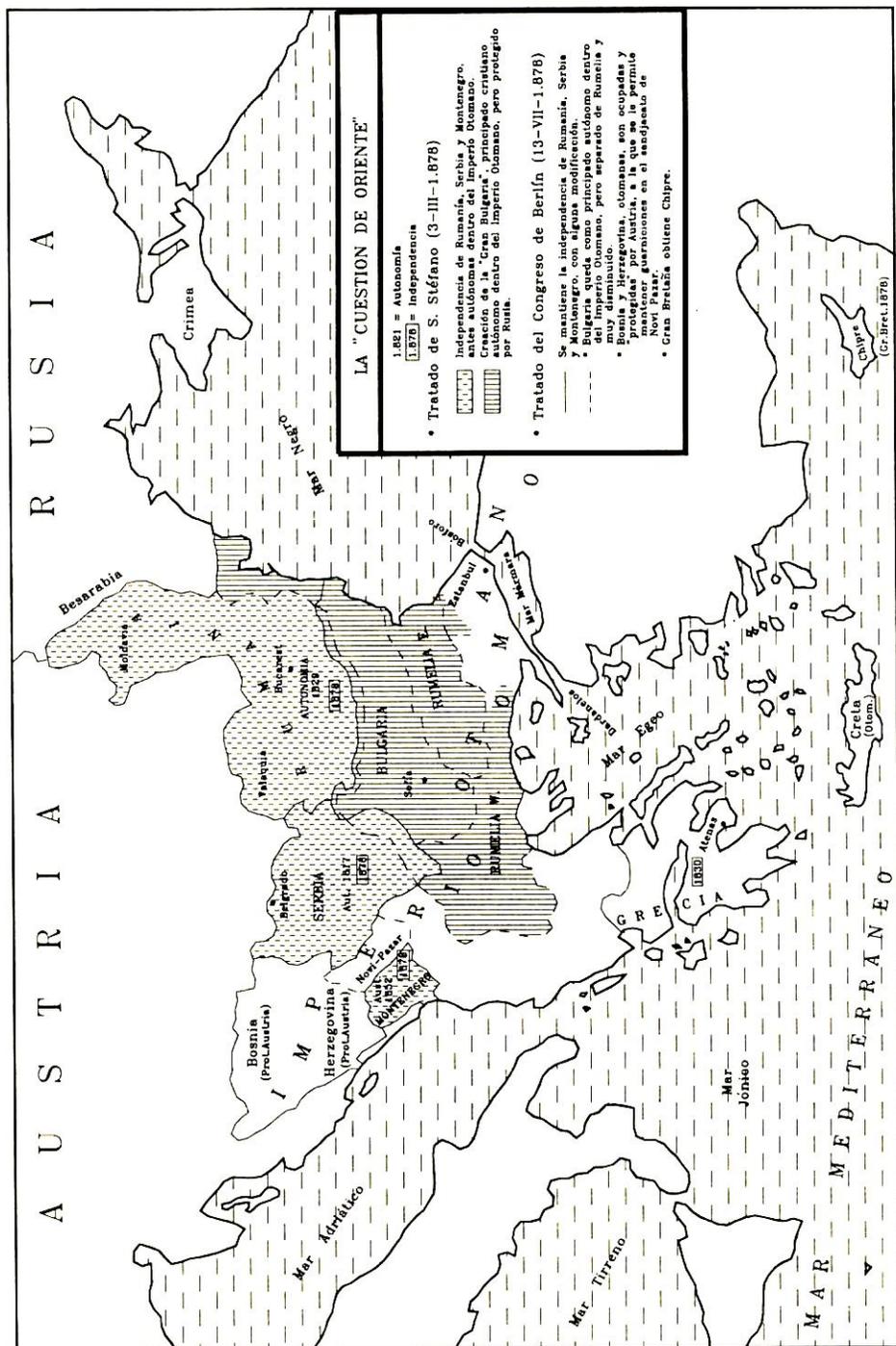
El recurso a los militares parece indicar, en consecuencia, la inutilidad y el fracaso del sistema tras cerca de cuarenta años de vigencia. No obstante, ante el peligro de verse desplazados, los magiars cedieron en sus pretensiones para poder seguir manteniendo el poder económico y político que les proporcionaba un sistema de sufragio restringido y corrupto que mantendrán hasta la descomposición del Imperio. En definitiva, toda esta historia parece demostrar que el ejército y la ignorancia de la voluntad popular constituyeron el auténtico motor del poder personal ejercido por Francisco José, durante todo su reinado. Su sucesor, Carlos II (1916-1918) no pudo detener por más tiempo el empuje de los nacionalistas y demócratas que, tras la Gran Guerra, supieron aprovechar la crisis para acabar con el Imperio y hacer surgir nuevos Estados en un precario e inestable equilibrio.

3. EL IMPERIO OTOMANO

a) Amplitud geográfica y debilidad política

En el último tercio del siglo XIX el Imperio Otomano es un Estado que no ha participado de los cambios revolucionarios, habidos en la Europa Occidental desde finales del XVIII, y que mantiene, por tanto, unas estructuras económicas, sociales y políticas anquilosadas por el legado de su propia historia. Entre los diversos problemas que caracterizan su Historia de este período sobresalen los siguientes. Primero, los fallidos intentos de modernización promovidos por unas minorías occidentalizadas, que se enfrentan a amplios y diversos sectores tradicionales. Segundo, los levantamientos independentistas de los pueblos dominados que, al tiempo que interfieren en las pretendidas reformas dificultándolas en extremo, demuestran la inviabilidad de un Estado otomano -fuera éste del carácter que fuere- en convivencia pacífica. Y, tercero, su debilidad en la política internacional, consecuencia en gran parte de los anteriores problemas. La misma llega a ser tan grave que amenaza su propia existencia como Estado y se ve obligado a aceptar voluntades de otras potencias para sobrevivir en una clara y necesaria dejación de soberanía.

Hacia 1870, el Imperio tiene una vasta extensión. Su poder teórico se alza sobre tres continentes: Europa, Asia y Africa. El dominio sobre tan amplios territorios significaba la imposición del poder otomano sobre pueblos de culturas distintas, a veces con



organizaciones tribales, que aspiran a ser libres e independientes. En consecuencia, su control político fue siempre difícil y exigió durante toda la Edad Moderna drásticas intervenciones militares, para acallar los movimientos centrifugos. Ahora, en el XIX, las influencias nacionalistas llegadas desde Europa Occidental a través de las tropas napoleónicas o del propio ejercicio político liberal, avivarían aún más las ansias de independencia hábilmente utilizadas por algunos líderes ambiciosos.

La concentración humana sobre el plano territorial no deja lugar a dudas que es, en la península de Anatolia, donde hay más descendientes de los antiguos nómadas del Turquestán. De igual suerte, Estambul, ya en territorio europeo y capital del Estado, tiene también una mayoría de población turca, abundante igualmente en la Tracia. Sin embargo, no ocurre lo mismo en los restantes territorios del Imperio donde los otomanos son minorías, reducidos a veces a enclaves militares que cumplen la misión de asegurar la recaudación de impuestos sobre poblaciones de nacionalidades distintas.

Por su parte, las fronteras con el Imperio Austro-Húngaro, -señaladas por los cursos de los ríos Save, Danubio, las estribaciones meridionales de los Alpes de Transilvania y las orientales de los Cárpatos-, o el límite con el Imperio Ruso, -curso bajo del río Prut y el Cáucaso-, no van a ser menos conflictivos. La diversidad de pueblos existentes en los Balcanes y el intervencionismo de otros Estados, deseosos de ampliar sus zonas de influencias o preocupados por la ruptura del equilibrio existente, constituirán un conjunto de problemas, conocidos por la historiografía como la "cuestión de Oriente".

Los mismos quedan expuestos en el tema de las relaciones internacionales pero merece la pena recordar que en esta región hay un mosaico de griegos, rumanos y eslavos, divididos éstos en búlgaros y yugoslavos o eslavos del Sur. Entre ellos existen algunas minorías islamizadas, como los begs, -servios de Bosnia y Herzegovina- y los pomakos, -búlgaros musulmanes de Macedonia-, que gozan de privilegios y explotan a sus compatriotas. Aún así, la mayoría es cristiana y en ello reside la causa principal de su no integración con los turcos. Como "pueblos del Libro" los otomanos les respetaban cierta autonomía en asuntos internos y concedían alguna jurisdicción a sus clérigos, pero no tenían igualdad jurídica con los musulmanes. Las reformas tendentes a asegurarles plenos derechos en el Estado fracasaron, tanto por el rechazo de la mayoría de los musulmanes como de ellos mismos que aspiraban a la independencia. Sus violentos levantamientos contra los turcos en el XIX rompen una pacífica convivencia de siglos y provocarían no pocos baños de sangre.

Los europeos, por su parte, encontraron en estas acciones una excelente excusa para el intervencionismo en asuntos internos del Imperio, erigiéndose en defensores de los derechos de la causa cristiana. Esta "cuestión de Oriente" provocará, pues, continuas crisis internas dentro del Estado otomano, varias guerras contra las potencias europeas y, finalmente, la desmembración del Imperio, que en 1913 se reduce a Estambul y una pequeña porción de la Tracia hasta Adrianópolis.

La frontera otomana retrocede también frente al empuje ruso. Primero tienen que ceder el Azerbaidjan y la capital de Armenia, Eriván, en 1828 y, después, la región de Kars en 1878. El dominio sobre los armenios fue tremendamente violento, pues sus ansias independentistas fueron ahogadas en sangre en varias matanzas como la de 1894 y la deportación de 1915-1916.

Finalmente, el Imperio tiene soberanía teórica sobre el Oriente Medio, gran parte de la Península Arábiga, y la costa norte de Africa, desde Egipto a Túnez. Sin embargo, la lejanía de estos territorios respecto a Estambul, la pervivencia de organizaciones

tribales que aspiran a ser plenamente independientes y la creciente presencia de franceses y británicos en estas regiones dificultan su ejercicio pleno. En concreto, en Arabia las regiones del Hejaz y Asir, -costas del Mar Rojo- fueron las más controladas por los turcos, aunque no sin dificultades. Allí tenían que enfrentarse al imperialismo británico y al movimiento islámico radical de los wahabitas. Cabe recordar que los ingleses se instalaron en Adén en 1839 y llegaron hasta Omán, donde impusieron un protectorado en 1891, y que los wahabitas, -reprimidos duramente por Mehemet Alí, bajá de Egipto, en 1818, consiguieron crear un Estado dirigido por los saudíes con capital en Riyadh, que bajo la jefatura de Abd al-Aziz y en alianza con el Reino Unido, conseguiría expulsar a los otomanos de toda la península en 1916. Su soberanía sobre Siria e Irak perduró hasta 1918 y el Líbano no consiguió su autonomía hasta 1864, merced a la previa intervención de tropas francesas, que pretextaron defender a los maronitas. Mohammed Alí tras la crisis de Oriente de 1841 consiguió ser reconocido bajá hereditario de Egipto que en 1882 pasaría a ser un protectorado británico. Por último, Túnez, aunque estaba gobernada por un bey, era un protectorado francés desde 1835 y fue ocupado militarmente por Francia desde 1881.

b) Organización político-administrativa

El soberano de este gran Imperio es un miembro de la dinastía Osmanlí que gobierna con el título de sultán y califa. Tiene, pues, una autoridad teórica político-religiosa sobre todos los musulmanes, habida cuenta que los otomanos se erigieron, tras los seldjúcidas, en herederos del Califato y en los defensores de la interpretación Sunni del Islam. De esta vinculación religiosa se deriva la peculiaridad del desarrollo de una cultura islámica y oriental, claramente enfrentada a la occidental, e imposibilitada para admitir las influencias positivas que ésta irradia desde el Renacimiento. El componente cultural islámico, vigente en estos años, debe ser juzgado, aparte de otras consideraciones, como un factor negativo para la modernización y causa principal de la debilidad económica y política del Imperio a lo largo del siglo XIX.

El sultán y califa realiza su misión con la ayuda del *Ulema* o Consejo de Hombres Santos. El ejercicio del poder legislativo se justifica únicamente como una interpretación de la *Saria*, -codificación de las leyes sagradas-, lo cual, si bien impide reformas profundas del sistema, permite no obstante regular el comportamiento social según las circunstancias. El *Ulema* cumple también la función de Tribunal Supremo presidido por el *Sheikh-ul-Islam* o *Mufti Principal*. Además existía un Gran Consejo de Estado, el Diván, al frente del cual está el Gran Visir, con poderes ejecutivos. Esta estructura del poder central se repite en cada uno de los *sanjakatos* o distritos administrativos en los que se dividía el Imperio.

Cada *sanjak* estaba gobernado por un *bey* y varios *sanjakatos* formaban un *vilayato*. Las grandes provincias de África y Asia tenían el nombre de "bajalato" y eran dirigidas por un gobernador con el título de *bajá*.

Es posible suponer que esta compleja estructura político-administrativa, que funcionaba con un alto grado de corrupción en todos los niveles, distanciaba aún más a la élite dirigente osmanlí del resto de la sociedad, ya fuese árabe, turca o cristiana. Los grandes gastos suntuarios de la Corte y la incapacidad de la Hacienda para imponer un sistema de tributación directa sin recurrir a los arrendadores de impuestos, esquilmodores del campesinado, eran también motivos de insatisfacción y descontento de la mayoría de la sociedad. Por último, el ejército no estuvo tampoco a la altura que exigían

las circunstancias y cosechó importantes derrotas, a pesar de los cambios "occidentalizantes" introducidos y los cuantiosos gastos que generaban.

c) Los intentos reformistas

Durante el siglo XIX surgieron diversos intentos de reformas para conseguir una mayor seguridad frente a las apetencias territoriales de los enemigos y más eficacia en el control de la población y el territorio. Estos proyectos no amenazaron seriamente los pilares del orden social vigente e, incluso, se pueden interpretar como una manera de asegurarse el poder por parte de los grupos que ya lo detentaban; pero, aún así, tuvieron que enfrentarse a serios enemigos interiores. La primera medida importante fue la de suprimir a los genizaros, cuerpo de ejército cerrado y fanático que se oponía a cualquier tipo de cambios, para sustituirlos por un ejército regular. El sultán Mahmud II (1808-1839) consiguió su eliminación física el 15 de junio de 1826 mediante una matanza generalizada de sus miembros.

Tras estos acontecimientos, su sucesor, Abd ul-Mecid I (1839-1861) promulgó unas reformas más amplias (*tanzimat-i-hayrye* o legislación beneficiosa) que inspirarían la política de Abd ul-Aziz (1861-1876) y Abd ul-Hamid (1876-1908). De hecho intentaban en concreto un perfeccionamiento de la administración y el ejército, pero introducían teóricamente también cambios en otros aspectos de la vida social, como la educación, los derechos y la administración de la justicia. Sin duda, las presiones de los Estados de Europa Occidental y la presencia de una minoría de tecnócratas europeizantes, -entre los que destacan Mustafá Resid Pasá, Alisa Pasá y Fuad Pasá, que ocuparon los cargos de Gran Visir y Ministro de Asuntos Exteriores durante varios años hasta 1871-, influyeron en la promulgación de una legislación que desarrollaba algunos principios liberales.

Aunque faltó la capacidad y voluntad para seguir en el empeño, por lo que se quedaron en letra muerta, conviene decir que, al menos sobre el papel, se proclamó la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, se aprobaron nuevos códigos legales que complementaron a la *Saria*, se instituyeron nuevos Consejos legislativos consultivos y tribunales de Justicia, -sin suprimir los religiosos-, se crearon nuevas escuelas militares y civiles y se reformó la administración para hacerla más centralizada.

El proceso reformista quedó truncado por la oposición de distintos sectores. El principal fue la falta de confianza y apoyo del sultán en el desarrollo de la nueva política. Igualmente, los sectores tradicionales se opusieron por entender que podían ser desplazados de sus cargos. Y los cristianos, en teoría beneficiados por las nuevas leyes, las interpretaron como signo de debilidad del Imperio que les anunciaba su próxima anhelada independencia.

Entre los enemigos al *tanzimat* figuraron también algunos intelectuales, militares y altos funcionarios que propugnaban una auténtica transformación liberal del Estado, mediante la aprobación de una Constitución y la instauración de un Parlamento y gobierno representativos. Se les conocerá como los Jóvenes Otomanos y entre ellos destacan el Gran Visir Midhat Pasá, el poeta Ziya Pasá y el periodista Namik Kemal. Este grupo consiguió dar un golpe de Estado en 1876, aprovechando el descontento generalizado producido por la desastrosa situación de la hacienda pública, que les granjeó incluso el apoyo del *Ulema*. Depusieron a Abd ul-Aziz y nombraron nuevo sultán primero a Murad V (1876) y, tras los trastornos mentales que sufrió éste, a Abd ul-Hamid (1876-1909).

Abd ul-Hamid se vio obligado a dictar una ley autodenominada "Constitución" en 1876 que, sin embargo, distaba mucho de reunir los requisitos indispensables para ser considerada como tal. Formalmente reconocía varios derechos como la igualdad ante la ley, la seguridad personal, el derecho a la propiedad, la libertad de prensa, etc., pero no incluía el fundamental de la libertad de asociación política.

La misma ley creaba un Parlamento con dos Cámaras, la alta o Consejo de Notables, nombrada por el sultán, y la baja o Consejo de los representantes, elegida mediante sufragio popular indirecto por los consejos provinciales y locales. Pero lo digno de ser resaltado es que este Parlamento no tenía la iniciativa legal, ni podía exigir responsabilidades al gobierno. Estas importantes funciones seguían siendo exclusivas del sultán que elegía al gobierno, tenía la iniciativa legal, -con la aprobación directa de decretos leyes o la elaboración de proyectos de ley enviados al Parlamento-, y disfrutaba de total libertad para sancionar o no las leyes de éste.

En definitiva, el poder del sultán resultaba autocrático aún con la pretendida Constitución y, hecho notable, la *Saria* y tribunales religiosos no fueron abolidos. No obstante, las guerras bálticas provocadas por la crisis de 1875 dificultaron el desarrollo de estas reformas, ya que el sultán supo aprovechar el otomanismo antieuropeo que la guerra había generado para suspender "temporalmente" la Constitución, -aunque dicha ley no volvería a estar en vigor hasta 1908-, y va a prescindir de los Jóvenes Otomanos. Midhat Pasá y otros colaboradores suyos se unen entonces en el exilio europeo.

La política desarrollada a partir de ese momento por Abd ul-Hamid fue autoritaria y represiva tanto de los pueblos balcánicos y armenios como de los intelectuales liberales. Los levantamientos nacionalistas iban seguidos de matanzas que contribuían a consolidar en Europa la fama del sultán como hombre sanguinario y cruel. Especialmente graves fueron las consecuencias de la sublevación armenia en Sassun en 1894. Los cálculos realizados cifran en 80.000 el número de armenios asesinados y en 6.000 los que perdieron la vida en Estambul, dos años después, como consecuencia de la ira de la población islámica y la pasividad de las autoridades durante los asaltos populares.

Por su parte, la policía controlaba enérgicamente a los reducidos grupos de la oposición liberal mediante la censura de publicaciones, la prohibición del derecho de asociación, el espionaje, la cárcel y una política represiva. A pesar de este panorama, durante el mandato de Abd ul-Hamid se prosiguió con algunas de las reformas ya iniciadas en el *tanzimat*, como las educativas para formar a los nuevos grupos dirigentes. En este sentido, se creó una Universidad en Estambul, se permitió la educación a las mujeres, se instauran nuevas escuelas técnicas de economía, leyes, ingenierías, etc.

Si importantes eran los problemas políticos, no menos graves eran los económicos y, en concreto, la situación caótica de la hacienda pública de la que se derivaba una merma considerable de la soberanía estatal. Desde 1854, con motivo de las necesidades de la Guerra de Crimea, se inició una escalada de emisión de deuda pública en condiciones cada vez más desventajosas, que hipotecaron gran parte de los ingresos regulares del Estado.

En 1875 el Imperio Otomano había tenido que ceder ya a los acreedores el importe de numerosas rentas entre las que se encontraban: el tributo egipcio, los derechos aduaneros sirios, las aduanas y arbitrios de Estambul, los beneficios de los monopolios del tabaco, la sal, el timbre y la matrícula, el impuesto sobre los corderos de Rumelia y los Archipiélagos, el producto de las minas de Tokat, etc. Además, la necesidad de liquidez había hecho que fracasaran varios intentos de imponer un sistema de tributa-

ción directa sin recurrir a intermediarios, lo que significaba importantes pérdidas de ingresos. En 1875 la deuda se elevaba a 184.981.783 libras y la confianza que prestaba el capital extranjero en el Estado otomano era muy baja. Prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que un empréstito de 1874 por cuarenta millones de libras salió al mercado con un precio de emisión del 43,5%.

Durante el reinado Abd ul-Aziz los gastos suntuarios y militares se multiplicaron de modo irresponsable y el crédito del sultán llegó a ser tan bajo que, en agosto de 1875, el Banco Imperial se negó a proveer nuevos fondos y se declaró una suspensión de pagos parcial de los intereses de la deuda. Más tarde, el Tratado de Berlín de 1878 se preocupó de la delicada situación financiera y de las posibles garantías que se podrían ofrecer a los prestamistas. En el Protocolo XVIII se acordaba la creación de una comisión internacional para el control de la Hacienda turca que vino a ser reconocida, después de negociaciones con los acreedores, por el decreto de Mouharrem de 20 de diciembre de 1881. La deuda quedó reducida a 106 millones de libras y el Estado cedió nuevas rentas, con carácter absoluto e irrevocable, hasta que el total de los débitos fueran saldados. Se nombró también una comisión de acreedores turcos y extranjeros con capacidad para recaudar y administrar los tributos cedidos e, incluso, con poder para destituir o nombrar a funcionarios del gobierno.

d) La revolución de los Jóvenes Turcos

Ya a caballo entre los dos siglos, los diversos grupos de oposición liberal, que empezaron a ser conocidos indistintamente en Europa Occidental como "Jóvenes Turcos", seguían pasando serias dificultades por la represión policiaca y muchos de sus principales líderes tuvieron que exiliarse. A partir de 1889 se desarrolló en Estambul una sociedad secreta, denominada "Sociedad para el Progreso y la Unión", entre estudiantes de academias militares, que preparó un golpe de Estado en 1896, pero fue desbarbolado totalmente por la policía días antes de su ejecución.

Más importancia tuvo la creación en 1907 del "Comité para la Unión y el Progreso", que aglutinaba a varias células en las cuales se contaban muchos militares de Salónica. Este grupo, dirigido por Cemal Bey y Enver Bey consiguió dar con éxito un golpe de Estado en 1908, que obligó al sultán a promulgar de nuevo la suspendida Constitución (24 de julio de 1908) y a convocar elecciones.

Kiamil Pasá fue el nuevo presidente de gobierno y asumió como principal tarea política el proyecto de crear una federación de todos los pueblos para salvar al Imperio. Abd ul-Hamid, forzado, aceptó estos cambios pero organizó la reacción aprovechando las crisis de 1908 y la debilidad coyuntural que el golpe había contribuido a desatar. En efecto, la anexión de Bosnia Herzegovina por los austrohúngaros, la declaración de independencia de los búlgaros, -que se apropian además de Rumelia-, y la anexión de Creta a Grecia vinieron de nuevo a dificultar el desarrollo de una etapa liberalizante tal como antes había ocurrido en 1876. El 31 de marzo de 1909 el sultán suspendió la Constitución e intentó restablecer su régimen autoritario. Sin embargo, el ejército de Macedonia, dirigido por oficiales del "Comité para la Unión y el Progreso", entre los que estaban Mahmud Sevket Pasá y Mustafá Kemal, lo impidió. Marcharon sobre Estambul y allí depusieron a Abd ul-Hamid, nombraron en su lugar a Mehmet V Resad (1909-1918) y tomaron el gobierno, pero encontraron muchas dificultades para imponer

las reformas. Estos hechos son los conocidos como la "revolución de los Jóvenes Turcos".

Es evidente que la idiosincrasia de la cultura musulmana, la oposición de las nacionalidades sometidas y las guerras que se ven obligados a mantener fueron los principales obstáculos para la consecución de sus objetivos. Desde 1911, -estallido de la guerra ítalo-turca-, se rompería la paz cuando más se necesitaba ésta para triunfar en los cambios pretendidos.

Después vendrían las Guerras Balcánicas y la Primera Guerra mundial para sumar más desastres. A pesar de todo, la política reformista obtuvo algunos logros. De esta suerte cabe señalar que consiguieron imponer algunos cambios como la sustitución de la *Saria* por la ley civil, la abolición de la poligamia y otras medidas para la emancipación de la mujer.

Esta etapa se caracterizó también por amplias concesiones económicas a empresas alemanas para realizar obras de infraestructuras, sobre todo líneas ferroviarias, puertos y equipamientos militares. Ante la coyuntura de 1914, estas relaciones económicas pesarán mucho en la decisión de la intervención turca junto a las potencias centrales. Además, la rivalidad con Rusia y el recelo ante el antiguo protector, el Reino Unido, aliado ahora a su peor enemigo, hacía inimaginable una posible colaboración con la Entente.

Entre los Jóvenes Turcos había muchos neutrales que abogaban por la paz y la profundización de las reformas internas, pero la Triple Entente no supo desarrollar una política atractiva para este grupo ni ofreció compensaciones económicas por la neutralidad. En última instancia, el nombramiento del filogermanista Enver Bey para ocupar el Ministerio de la Guerra facilitó la alianza con Alemania en agosto de 1914 y la declaración de guerra en octubre del mismo año, aunque con la oposición de gran parte de la opinión pública.

La Gran Guerra tuvo consecuencias desgraciadas para el Imperio pues significó su destrucción ratificada por el Tratado de Sèvres (1920); más, al mismo tiempo, posibilitó la apertura de nuevas perspectivas al poner las bases de un nuevo Estado nacional turco, que se consolidará entre 1923 y 1938, bajo el liderazgo autoritario de Mustafá Kemal, "Ataturk", "padre de la patria".

TEXTOS HISTORICOS

Socialismo marxista y anarquismo

Marx es un comunista autoritario y centralista. Quiere lo que nosotros queremos: el triunfo de la igualdad económica y social, pero en el Estado y por la fuerza del Estado; por la dictadura de un gobierno provisional poderoso y, por así decirlo, despótico, éstos, por la negación de la libertad. Su ideal económico es el Estado convertido en el único propietario de la tierra y de todos los capitales, cultivando la primera por medio de asociaciones agrícolas, bien retribuidas y dirigidas por sus ingenieros civiles, y comandando los segundos mediante asociaciones industriales y comerciales.

Nosotros queremos ese mismo triunfo de la igualdad económica y social por la abolición del Estado y de todo cuanto se llame derecho jurídico que, según nosotros, es la negación permanente del derecho humano. Queremos la reconstitución de la sociedad y la constitución de la unidad humana, no de arriba a abajo, por la vía de cualquier autoridad, sino de abajo a arriba, por la libre federación de las asociaciones obreras de toda clase emancipadas del yugo del Estado.

...Hay otra diferencia, esta vez muy personal, entre él y nosotros. Enemigos de todo absolutismo, tanto doctrinario como práctico, nosotros nos inclinamos con respeto no ante las doctrinas que no podemos aceptar como verdaderas, sino ante el derecho de cada cual a seguir y propagar las suyas... No es éste el talante de Marx. Es tan absoluto en las teorías, cuando puede, como en la práctica. A su inteligencia verdaderamente eminente une dos detestables defectos: es vanidoso y celoso.

Carta de Bakunin a un amigo suyo. Julio de 1872. Extractado de *Selectividad*. Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Madrid.

BIBLIOGRAFIA

SETON WATSON, H.: *The Russian Empire, 1801-1917*. Oxford, 1967.

FLORINSKY, M.T.: *A Short History*. Nueva York, 1964. Para el estudio de la Historia del Imperio Ruso durante el siglo XIX recomendamos la lectura de este libro y el anteriormente citado, dos obras que consideramos fundamentales.

PHILIPPOT, R.: *La Russie. La modernisation inachevée, 1855-1900*. París, 1974. Los cambios emprendidos por los zares constituyen el centro de atención de este libro.

HELLMANN, M.: *Rusia*. Madrid, 1979. BIENZOBAS CASTAÑO, E.: *Rusia en el siglo XIX*. Madrid, 1986. Se citan estas dos obras en español por su interés y más fácil consulta.

Die Habsburgermonarchie 1848-1918. La Historia del Imperio de los Habsburgo a partir de la segunda mitad del XIX cuenta con una magna obra de consulta imprescindible para el especialista. Editada por la VERLAG DER ÖSTERREICHISCHEN AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN en seis volúmenes, el primero en 1973 y el último en 1989, aunque nos consta que la obra no está concluida y que se preparan nuevos temas.

TAYLOR, A.J.P.: *La Monarquía de los Habsburgo 1809-1918*. Barcelona, 1983.

FERDINANDY, M. de: *Historia de Hungría*. Madrid, 1967. Estos dos últimos son de más fácil acceso para el lector de español.

PRICE, P.M.: *Historia de Turquía. (Del Imperio a la República)*. Barcelona, 1964. Una buena síntesis histórica, aunque agotada.

VON GRUNEBAUM, G.E.: *El Islam. II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*. Madrid, 1975. Este manual ofrece una información interesante.

VITSIKIS, D.: *L' Empire Ottoman*. París, 1985. Obra de divulgación.

RISTELHUEBER, R.: *Historia de los países balcánicos*. Madrid, 1962. Libro clásico para estudiar los problemas de la dominación otomana sobre los pueblos balcánicos y la independencia de éstos.

KASABA, R.: *The Ottomana Empire and the world economy (the Nineteenth Century)*. New York, 1988. Para los problemas económicos contamos con esta obra reciente.

AHMAD, F.: *The Young Turks: The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*. 1969. Estudia la revolución de los Jóvenes Turcos.